

# **Educando a Adán: punto de vista de educadores y educadoras sexuales de Mérida, Yucatán, sobre el impacto que los procesos de educación sexual formal tienen en la salud sexual masculina**

---

Claudia Salinas Boldo  
Universidad Latinoamericana

## **Resumen**

El presente estudio, de carácter cualitativo, se realizó con el objetivo de analizar la descripción y evaluación que hacen educadoras y educadores sexuales de Mérida, Yucatán, acerca del papel que los procesos educativos tienen en la construcción y deconstrucción de representaciones en torno a la salud sexual masculina. La técnica empleada fue la de la entrevista a profundidad. Se entrevistó a ocho educadores sexuales, cuatro hombres y cuatro mujeres, los cuales se desarrollan profesionalmente en instituciones públicas y privadas, en organizaciones no gubernamentales, consultorías y consultorios particulares. Las entrevistas giraron en torno a los siguientes temas principales: su experiencia como receptores de educación sexual formal, la descripción de su labor como educadores sexuales, la manera en que estos procesos educativos impactan en la salud sexual masculina y la proyección que la educación sexual tiene a futuro.

Palabras clave: educación sexual, salud sexual, sexualidad masculina, masculinidad.

## **Abstract**

This qualitative study was conducted to analyze the description and assessments carried out by male and female sexual educators in Mérida, Yucatán concerning the role of formal educational processes in the construction and deconstruction of representations surrounding male sexual health. The technique used was in-depth interview. Eight sex educators—four men and four women—with jobs in public and private institutions, NGOs, and private offices were interviewed. The interviews focused on the following topics: their experience as recipients of formal sex education, the description of their work as sex educators, the way in which these educational processes impact male sexual health, and the challenges that sex education faces in the future.

Keywords: sexual education, sexual health, male sexuality, masculinity.

## Salud sexual masculina

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud sexual como la integración de los aspectos biológicos, psicológicos y sociales del ser humano sexual en formas que sean funcionales y que favorezcan el desarrollo de la personalidad, la comunicación y el amor. Y para conseguir esta salud sexual, Álvarez-Gayou (1986) nos dice que la posibilidad de disfrutar de una actividad sexual reproductiva equilibrando una ética social y personal; un ejercicio de la sexualidad sin temores, culpas ni mitos; sin factores psicológicos y sociales que interfieran con las relaciones sexuales; y el desarrollo de una actividad sexual libre de trastornos orgánicos, enfermedades o alteraciones que la entorpezcan.

De acuerdo con López (2005), la experiencia sexual humana va mucho más allá de la reproducción, ya que cuenta con una dimensión intencional, es decir, somos la única especie que busca el contacto sexual aun cuando la reproducción no es posible o que nos negamos a ese contacto aun cuando nuestros cuerpos están en perfectas condiciones para llevarlo a cabo. Los seres humanos podemos decidir cuándo, cómo y con quien nos relacionamos sexualmente. Esto hace que nuestras experiencias sexuales sean susceptibles de vivirse como consecuencia de elecciones libres y responsables, que nos ayuden a construir experiencias eróticas enfocadas a satisfacer necesidades que trasciendan la de la reproducción, e incluso la del placer erótico. Con esto nos referimos a las necesidades sociales, ya que hoy en día no es posible hablar de identidad social sin tocar el tema de la sexualidad (Lamas, 2002).

Estas necesidades psicológicas, a las cuales hace referencia el autor, están presentes en todos los individuos y son: contar con una actitud de aceptación hacia los cambios fisiológicos que se presentan en cada etapa de la vida; adquirir una identidad sexual armónica que contemple el desarrollo de roles de género equitativos; la especificación, reconocimiento, aceptación y satisfacción de las necesidades sexuales y los afectos que de ella se desprenden; la construcción del conocimiento en torno al tema de la sexualidad; el tener espacios de aceptación social en el cual puedan expresarse las diversas manifestaciones e inquietudes sexuales propias de la edad, y acceder a mecanismos adecuados que permitan prevenir riesgos y consecuencias indeseadas (López, 2005)

La salud sexual en su dimensión social, de acuerdo con Álvarez-Gayou (1986), involucra la ética individual, ya que para poder tener una salud sexual completa es necesario evitar las prácticas que lesionen en su integridad física, psicológica o social a otras personas, o que se aprovechen de su desconocimiento y/o inconsciencia.

Igualmente, nos dice que la salud sexual se ve afectada por el papel sexual, el cual se compone de todas las expectativas de conducta y actitudes

que se esperan de los individuos de acuerdo con el sexo al cual pertenecen (*idem*).

En el caso de los hombres, y de acuerdo con lo que comenta Castañeda (2002), ese papel sexual incluye expectativas de fortaleza, poder y liderazgo. Y esto se expresa en la vivencia de su sexualidad, pues se espera que ellos sepan todo al respecto, que nunca presenten dificultades, dudas o desconocimiento en el área de la sexualidad, pues esto se podría considerar como indicador de una virilidad deficiente. La búsqueda de información o de ayuda es poco frecuente entre los hombres, porque esto implicaría aceptar que algo les afecta, que su sexualidad no es todo lo perfecta que se supone debe ser, y que hay situaciones o inquietudes que no pueden resolver solos, lo cual iría en contra del ideal masculino introyectado a través de una educación sexual deficiente (*idem*).

Este tipo de actitudes y creencias que se introyectan a través de la educación sexual recibida en la casa, la escuela, la iglesia, la calle y los medios de comunicación van ocasionando, según la autora, que los hombres no se interesen por tomar precauciones que les permitan preservar su salud, que eviten involucrarse en la planificación familiar, que padezcan en silencio de disfunciones sexuales, que se abstengan de expresar abiertamente sus dudas e inquietudes acerca de la sexualidad, que nieguen deseos o preferencias que vayan en contra del estereotipo masculino —tal como podría ser el caso de hombres homosexuales o bisexuales—, y que presenten actitudes de intolerancia o rechazo hacia las personas que expresan su sexualidad de una forma alternativa a la que ellos conocen como la única válida, como sería el caso de los hombres que presentan actitudes homofóbicas (*idem*).

Todas estas situaciones originan que en muchas ocasiones la salud sexual sea débil e incompleta, reflejándose en una vivencia de la sexualidad poco satisfactoria. La salud es entonces un resultado directo de todos los introyectos que se van acumulando a medida que el individuo se desarrolla. Pero a pesar de esto, los valores que se tienen en torno a la sexualidad no siempre son objeto de reflexión por parte de los individuos y las sociedades.

En el caso de las investigaciones en torno al tema de la salud reproductiva, sucede lo mismo que con el tema de género: los hombres aparecen como una referencia hecha por parte de las mujeres, pero poco se sabe acerca de la perspectiva masculina en cuanto a estos temas. Los hombres son considerados como elemento de apoyo, y a veces como obstáculo a la fecundidad de las mujeres, pero en general puede decirse que, por parte de los hombres, no existe un involucramiento en las cuestiones relacionadas con la reproducción (De Keijzer, 2003; Jiménez, 2003).

Todo lo que tiene que ver con la procreación se considera como exclusivamente femenino; a los hombres se les contempla como un elemento periférico en este

proceso. Están ahí porque facilitan o limitan la crianza, pero no son más que meros espectadores de una situación en la cual las mujeres son protagonistas. Una de las consecuencias de esto es que se fomenta en los hombres una actitud de falta de responsabilidad y compromiso hacia su propia conducta reproductiva. Y esto es algo que se ve apoyado por la sociedad, ya que la paternidad es un estado que socialmente cuenta con menor reconocimiento que la maternidad (Jiménez, 2003).

Muchas de las situaciones que limitan o impiden el desarrollo de una adecuada salud sexual por parte de la población masculina, se originan en la imposición de estereotipos de género que obligan a los varones a esforzarse continuamente por alcanzar el ideal masculino de estoicidad, temeridad y autosuficiencia, que evite cuestionamientos a su virilidad (Bourdieu, 2000).

Gilmore (1994) habla de la masculinidad como un atributo independiente de la configuración anatómica, y define la virilidad como un estado precario y artificial que los jóvenes varones deben cruzar, mediante pruebas constantes, con mucha dificultad, y exponiéndose a riesgos que amenazan su salud y estabilidad emocional.

Uno de los elementos de análisis importantes, cuando se habla de la masculinidad, es pensar en ésta como factor de riesgo para los hombres, ya que, para alcanzar el ideal social estipulado, se involucran en actividades que los lesionan o que desgastan su salud. Algunas de esas conductas son la violencia, el homicidio, peleas, alcoholismo, tabaquismo, drogadicción, suicidio y, en general, un descuido constante hacia sus propios cuerpos (De Keijzer, 2003).

Hemos aprendido que lo relativo al hombre es todo lo oficial, lo público, lo activo, lo racional, lo objetivo, y que le corresponde mantenerse en control de sí mismo y de los demás (Bourdieu, 2000). El macho es una máscara detrás de la cual se ocultan los sentimientos del ser humano real. Sentimientos como el dolor, la ternura, el miedo y la tristeza se encuentran invisibilizados, y es por esto que se expresan a través del único sentimiento que al hombre le es permitido exponer: el enojo (Caudillo y Cerna, 2007).

Los hombres continuamente y desde el inicio de su vida deben demostrar, a sí mismos y a los demás, que cubren con ese nivel mínimo no explícito de virilidad, que les asegure el respeto de la sociedad y su estabilidad identitaria como miembros del género masculino. Continúa los hombres se preguntan, no sin cierta angustia, qué tan hombres son (Mead, 1967). Y esto está motivado por las expectativas sociales en torno a los hombres desde que éstos tienen conciencia de su identidad y se adhieren a ella (Bourdieu, 2000).

“El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad” (*ibidem*: 68).

La masculinidad, de acuerdo con De Keijzer (2003), es un conjunto de atributos, valores, funciones y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada. Igualmente se supone que existe un modelo hegemónico de masculinidad, el cual es una idea, socialmente construida, donde se presenta al hombre como esencialmente dominante. Todos los hombres que no logren adaptarse o asimilar este modelo quedan en desventaja respecto al resto de los hombres, pues su identidad queda en entredicho. Bourdieu (1983:19) dice que “no es la condición de clase la que determina al individuo, sino que es el sujeto quien se determina a sí mismo a partir de la toma de conciencia, de la verdad de su condición de clase”. Y del género se puede decir lo mismo. No son los mandatos sociales los que, en sí mismos, determinan los comportamientos, actitudes y pensamientos de los hombres, sino la introyección que de ellos se hace.

En la medida en que las sociedades se tornan más pluralistas e incluyen, y menos dominadas por estructuras tradicionales rígidas, van surgiendo más y más formas de ser hombre. Luego entonces cabría decir que ya no podemos hablar de una masculinidad sino de muchas masculinidades, muchas formas de construir y expresar una identidad masculina (Weeks, 1998).

De acuerdo con Guttman (2003), existe más de una forma de concebir la masculinidad. La primera de ellas es pensar que masculinidad es todo lo que los hombres piensan, dicen y hacen; la segunda de estas definiciones es la que habla de todo lo que los hombres hacen, piensan y dicen, pero con la intención de distinguirse a sí mismos como hombres, es decir, enfocado a perseguir el estereotipo, y por último, tenemos la concepción de la masculinidad como una cualidad que algunos hombres poseen en mayor cantidad, y calidad, que otros, algo por lo que se tiene que luchar; esto nos habla de jerarquías entre los mismos hombres, de una constante competencia para probar quién es más hombre, para no quedarse atrás respecto a los otros. Esta última definición de masculinidad es la que resulta más oportuna y adecuada para la presente investigación, pues los esfuerzos y actividades que realizan los varones para acentuar su masculinidad o comprobarla es lo que, en muchas ocasiones, pone en riesgo su salud sexual. Es por esto que resulta tan importante el involucrarlos en procesos educativos encaminados a cuestionar los estereotipos de género que asimilan y reproducen, de tal forma que disminuyan las situaciones que amenazan a su salud sexual integral.

Los hombres de esta generación bien pueden estarse enfrentando a lo que se ha llamado *crisis de la masculinidad*, la cual designa los conflictos que viven los hombres cuando se enfrentan a las incongruencias generadas por el choque de discursos que existe en la actualidad. Por una parte, tenemos el discurso de la democracia sexual, el cual pugna por la individualidad, la elección

espontánea y el rompimiento de estereotipos, y por otro lado tenemos la idea hegemónica de la masculinidad que los hombres han introyectado desde la infancia y que aún se les exige, tanto a nivel de relaciones personales como de imaginarios sociales.

## Educación sexual formal

Todos los individuos reciben educación sexual a lo largo de su vida. Generalmente el concepto se relaciona con cursos que se reciben en la escuela, y aunque este tipo de actividades son parte de la educación sexual, no la abarcan en su totalidad. La educación sexual va más allá de la escuela, pues se recibe también en la calle, la iglesia, los centros de salud, la casa y a través de los medios de comunicación.

La educación sexual es entonces un proceso que dura toda la vida y que puede presentarse en una amplia variedad de formas. Pero para efectos de la presente investigación se consideró pertinente hacer uso de la distinción que realiza Prieto (1998) entre los procesos de educación sexual formal y los procesos informales.

Los procesos educativos informales, según esta autora, son los que en general se dan de forma inconsciente, sin una planeación y sin contar con el respaldo de la investigación científica. Es una educación que se da desde lo no verbal con las conductas, las actitudes e incluso en el silencio. McCary *et al.* (1999) dicen, acerca de este tipo de educación, que está generalmente basada en mitos y falacias, creencias populares que continúan perpetuándose de generación en generación y que habitualmente conllevan un desconocimiento de la sexualidad y del cuerpo, de su constitución y de sus funciones. Estos procesos informales de educación los constituyen las conversaciones casuales, las revistas y libros de divulgación popular, los programas, películas y reportajes cuyo objetivo es entretener, las consultas que se realizan a personas no profesionales y los aprendizajes obtenidos de la propia experiencia.

Prieto (1998) nos dice que, a diferencia de los anteriores, los procesos educativos formales son los que requieren planeación y organización y que tienen como objetivo educar y orientar. Estos procesos constituyen esfuerzos ordenados, sistemáticos y conscientes cuyo fin es informar y orientar a los individuos a los cuales van dirigidos. La educación sexual formal se construye mediante cursos, clases y pláticas que se dan en escuelas o centros de trabajo, las consultas individuales que brindan profesionales especialmente entrenados con este objetivo, los textos y materiales audiovisuales expresamente elaborados con fines educativos y los eventos académicos y científicos organizados para difundir los más recientes avances en el estudio de la sexualidad.

La educación sexual formal debe tener metas bien establecidas, así como estructura y neutralidad, es decir, no se trata de transmitir los valores personales de quien educa sino de informar a los educandos y promover en ellos actitudes de reflexión y análisis que les permitan tomar decisiones asertivas en cuanto a su vida sexual. Estos procesos educativos deben valerse de técnicas como el intercambio de ideas, las discusiones y la participación activa, y deben ser aplicados por personas capacitadas para ello (Hiriart, 1999).

La educación sexual formal es muy importante y necesaria, ya que la sexualidad es una de nuestras necesidades básicas. La salud sexual y reproductiva es fundamental para la sociedad; es importante minimizar los riesgos asociados a la actividad erótica y es necesario que la población esté informada para evitar la presencia de disfunciones sexuales que pudieran disminuir la calidad de su vida sexual (López, 2005). Y no sólo se trata de informar sino de formar, ya que tener una actitud de apertura, respeto y aceptación hacia la sexualidad permite exteriorizar todas nuestras inquietudes, pedir apoyo cuando lo necesitemos, evitar abusos y compartir espacios en armonía con individuos que vivan y expresen su sexualidad de una forma distinta a la nuestra.

Cabe aclarar que los procesos de educación sexual que se estudiarán en el presente trabajo serán los formales, ya que las entrevistas se realizarán a un grupo de educadores y educadoras sexuales que imparten asesoría, orientación y capacitación profesional en torno al tema de la sexualidad.

Es importante destacar que es por medio de la educación sexual, tanto formal como informal, que se transmiten valores y actitudes hacia la sexualidad en general y hacia el cuidado de la salud sexual en específico (Prieto, 1998).

Pero estos valores y actitudes dependerán del tipo de proceso de educación sexual del que se trate, pues no todos los procesos educativos tienen el mismo concepto de lo que es la sexualidad humana. Y resulta oportuno destacar que la forma en que se explica y valora el fenómeno sexual humano es algo que cambia a lo largo del tiempo y de una cultura a otra.

López (2005) nos habla de algunas ideas en las cuales se han basado muchos procesos de educación sexual formal que, aunque cuentan con buenas intenciones, han dejado de lado la diversidad y amplitud del fenómeno sexual humano. Estas ideas, consideradas por el autor como limitadas, son: reducir la sexualidad a la actividad coital y la genitalidad; considerar como desviadas las conductas sexuales cuyo objetivo no sea la procreación; considerar al matrimonio como el único contexto en el cual es posible la actividad sexual; hablar de la heterosexualidad como la única vía de expresión sexual legítima, y la invisibilización del derecho que las mujeres, los menores, las personas con discapacidad y los individuos de la tercera edad tienen al placer.

Sin embargo, y de acuerdo con la propuesta del mismo autor, existen otro tipo de valores e ideas que pretenden abarcar la sexualidad humana como lo que es, un fenómeno diverso, amplio e integral de los individuos, en la cual se satisfacen necesidades como el placer, la comunicación, la ternura y el afecto, más allá de la mera procreación. Y es así como la sexualidad se reconoce como un derecho de todas las personas, independientemente de su preferencia, condición social, edad y género. Un derecho que debe ser ejercido con responsabilidad y respeto a los demás (*idem*).

A propósito de lo anterior, Prieto (1998) habla de los valores y actitudes que contribuyen a construir una sexualidad saludable. Dichos valores son el respeto, la responsabilidad, la higiene y la tolerancia. López (2005) nos indica la importancia de proporcionar una educación sexual que promueva, además de lo mencionado, la libertad, la salud y el placer. Es indispensable atender los aspectos emocionales, hablar de las sensaciones y de la autoestima, porque una buena educación sexual "logra que la persona vea la sexualidad como algo más amplio que la genitalidad y la reproducción, que reflexione sobre el individuo de manera integral, en sus diferentes facetas, las cuales tienen que ver con la sexualidad" (Hiriart, 1999: 45).

Al respecto, agrega que una educación enfocada a preservar la salud sexual de los individuos es la que promueve la congruencia, la capacidad en la toma de decisiones, el compromiso con la salud, la confianza, la autonomía intelectual, la ética y la búsqueda de información objetiva, científica y oportuna (Prieto, 1998).

La educación sexual no puede limitarse al aprendizaje de la anatomía sexual y sus funciones. "Cuando se da educación sexual, es necesario abarcarla en su totalidad" (Hiriart, 1999: 45). Dado que la sexualidad está formada por la dimensión tanto biológica como social y psicológica, es necesario que la información y formación en torno a la sexualidad también abarque estas áreas. La educación sexual formal, para ser considerada completa, debe abordar el tema de los afectos y las emociones ligadas a la sexualidad. Esta dimensión es importante, porque muchas de las decisiones que los individuos toman en torno a su vida y su salud sexual están relacionadas con la dimensión afectiva, pues no hay que olvidar que los seres humanos somos la única especie con conducta sexual intencional, es decir, que nuestra motivación sexual no necesariamente se encuentra ligada a la reproducción. Buscamos la actividad erótica más allá de la reproducción, porque mediante ella establecemos vínculos afectivos y obtenemos gratificación física. La sexualidad humana está cargada de significados sociales, psicológicos y emocionales que hacen que, tanto el placer como la reproducción, sean sólo unas de las muchas consecuencias deseadas (López, 2005).

“La educación sexual pretende ayudar a las personas a resolver bien la necesidad de intimidad corporal y afectiva, a la vez que ser libres y responsables en la actividad sexual” (*ibidem*: 25).

De acuerdo con López (*idem*), las necesidades sexuales que deben atenderse desde la educación sexual son: aceptación de los cambios físicos que se experimentan en cada etapa; adquisición de una identidad sexual armónica; introyección de la equidad de géneros; reconocimiento, aceptación y satisfacción de los afectos sexuales; construcción del conocimiento sobre la sexualidad; conocimiento y aceptación de las manifestaciones sexuales propias de la edad, y prevención de riesgos. Es por esto que es importante promover la toma de conciencia, actitudes de compromiso y conductas responsables (Hiriart, 1999).

Asimismo, las actitudes y habilidades que deben promoverse en los individuos por medio de una educación sexual integral son: el deseo de alcanzar y conservar un estado de salud completo, un nivel de conocimientos adecuado para poder conservarse saludable, la motivación y recursos necesarios para llevarlo a cabo, y el interés por procurarse apoyo y orientación cuando esto sea necesario (López, 2005).

De acuerdo con Barragán (1991), una adecuada educación sexual es la que parte de un entendimiento de la sexualidad como una forma de relacionarse, comunicarse y obtener satisfacción y placer. La educación sexual cuestiona y analiza, rompe creencias basadas en la ignorancia, restablece la comunicación en torno al tema de la sexualidad, incorpora un vocabulario adecuado para el diálogo, promueve la introspección y el análisis, propone nuevos valores, y elimina el silencio, la censura y la culpa.

La educación sexual responde a preguntas, informa, entrena en habilidades interpersonales, fomenta valores y transmite criterios de salud, para conocer los diferentes aspectos de la sexualidad humana y vivir la propia vida sexual en libertad, responsabilidad, ética y salud, tanto en relación al presente como el futuro. Su fin último es ayudar a las personas a vivir de forma satisfactoria su sexualidad, pero reconociendo que esta dimensión humana admite expresiones sexuales diferentes, es decir, que pertenece al reino de la libertad, proponiéndose la educación sexual, que cada vida sexual esté también en el reino del placer y bienestar y en el reino de la responsabilidad o ética (López, 2005: 44).

## Consideraciones finales

Las ideas que se expondrán a continuación pretenden ofrecer un panorama general de los elementos que los educadores y las educadoras enfatizaron en entrevista, así como los que repitieron o recomendaron más.

Al hablar de sus experiencias como receptores de educación sexual, describieron las dinámicas de las cuales López (*idem*) habla cuando se refiere al

modelo tradicional de educación sexual. El tema de la sexualidad es visto sólo desde sus aspectos biológicos, es decir, se habla de la anatomía sexual y la reproducción, siempre dentro de la materia de biología, ciencias naturales, o alguna otra clase a la que se le pone cualquier nombre distinto en el que no se mencione la palabra "sexualidad". La actitud de los maestros era de incomodidad ante esos temas, los cuales impartían de forma rápida e impersonal, ajustándose de manera estricta a lo que se indicaba en el texto. Se mostraban tan serios y distantes que sus alumnos no se sentían con la suficiente confianza de expresar sus dudas e inquietudes. Uno de los factores manipulados en la escuela era el miedo, pues a través de él se pretendían reprimir todas las conductas consideradas como inadecuadas para los adolescentes, en especial las relaciones sexuales antes del matrimonio. Los maestros les hablaban de las consecuencias negativas que podría acarrearles la vida sexual activa, como embarazos no deseados e infecciones.

En los grupos escolares se hacían separaciones por sexo, y no se brindaba ninguna explicación para esto; simplemente era parte de la dinámica institucional. Tal como dicen Lamas (1996) y Weeks (1998), el género es una construcción social que encuentra su justificación en la anatomía, es decir, se piensa que la diferencia biológica entre hombres y mujeres es la causa de que sus comportamientos, pensamientos e intereses sean distintos, lo cual hace que nadie se cuestione la supuesta separación natural entre mujeres y hombres.

Pero la separación no se daba sólo en el espacio, sino también en el discurso. Y el discurso, tal como asegura Godelier (1982), es muy importante, pues a través de él, de su presencia y de su ausencia, que también podría considerarse como parte del discurso, construimos la realidad.

Cuando se hablaba de la menstruación, los varones eran excluidos de la clase, lo cual, desde la visión de Jiménez (2003) y De Keijzer (2003), es causa de que los hombres, una vez adultos, no se consideren parte del proceso reproductivo, pues se les ve como favorecedores o limitantes de una situación que sólo pertenece a la mujer.

El discurso dirigido a las mujeres se complementaba con mandatos y normas que pretendían preservar su castidad y honorabilidad hasta el matrimonio. Se les pedía a las adolescentes que limitaran el contacto con los varones, que se comportaran de acuerdo con el ideal de mujer decente, de tal forma que todo el discurso dirigido a las adolescentes estaba plagado de prohibiciones, de reglas que giraban en torno a todo lo que no debían hacer. Y para los varones, lejos de manejarse un discurso distinto, simplemente no había discurso, pues ellos eran excluidos de todos los temas y normatividades que, se consideraba, eran exclusivos del ámbito femenino. Luego entonces, y ante la suposición de que lo que no está prohibido está permitido, los varones contaban

con mayor libertad para expresarse y experimentar con su sexualidad, lo cual no implica que contaran con una mejor educación sexual que la que tenían las mujeres. Los varones tuvieron mayores acercamientos con la pornografía, aceptaban y compartían con sus pares la masturbación y, ya en la adolescencia, comenzaban a presentarse las primeras competencias en las que el tema principal era la virilidad, simbolizada en el pene.

A pesar de que en la escuela, la familia y la iglesia, se manejaba el mismo discurso en torno a la sexualidad y los adolescentes, los varones vivían en una constante contradicción, pues los aprendizajes que recibían por parte de los adultos contrastaban con los mandatos y valores que se promovían en sus grupos de pares. Es así como, a pesar de que en casa se hablaba de la castidad, en la calle con los amigos se esperaba que fueran sexualmente activos para mostrar su hombría, algo que los colocaba en una posición paradójica, todo esto producto de una sociedad en la cual, ellos reconocen, existe la doble moral.

Respecto a la educación que se recibía en casa, predominaba el silencio, lo cual imprimía en los jóvenes la idea de que la sexualidad era algo sucio y prohibido, de lo que no se debía hablar.

La Iglesia es una institución que fue constantemente mencionada durante las entrevistas, pues muchos educadores recibieron su educación escolar en un contexto religioso. En dichos contextos se impartían clases de educación sexual, pero siempre basadas en los valores promovidos por la Iglesia, es decir, el rechazo hacia toda actividad sexual que no esté justificada por la reproducción. Luego entonces, la masturbación, las relaciones sexuales antes del matrimonio y la homosexualidad, por mencionar algunos, estaban prohibidos. Y así como estas prohibiciones casi siempre provocaban culpas y miedos, también resulta importante destacar que, en ocasiones, promovían el interés, la curiosidad y el deseo por parte de los jóvenes, por experimentar y conocer aquello de lo cual no se hablaba, aquello que se condenaba.

A pesar de que en todas las historias se habla de estructuras educativas represoras y censurantes, también podemos encontrar anécdotas que nos hablan de excepciones que marcaron de manera favorable la experiencia de algunos educadores. Estas excepciones las encontramos tanto en el contexto escolar como en el religioso, educadores que, a pesar de ser parte de instituciones tradicionales, intentaron brindar a sus alumnos una educación distinta, más cercana, abierta e informada, lo cual suscitó el rechazo de aquellos que tenían prejuicios hacia este tipo de educación. Más allá de la información, los objetivos o la técnica, lo que hizo que estos educadores más abiertos fueran percibidos como distintos por sus alumnos fue la actitud. Una actitud de escucha, de comodidad ante la sexualidad y de disposición a informar y orientar a los adolescentes.

Las demandas que la masculinidad impone son muchas y muy desgastantes; básicamente la masculinidad se define como ausencia de feminidad, y no sólo como ausencia sino como opuesto. Tal como afirma Bourdieu (2000), un hombre es todo lo que no es una mujer. Luego entonces, los hombres huyen de todo lo femenino con tal de que no se cuestione su masculinidad. Y este cuestionamiento no viene sólo de otros hombres, sino también de muchas mujeres que, impregnadas de ideologías tradicionales, exigen y buscan en los hombres los rasgos de ese ideal masculino tan lejano a la realidad.

Sería una falacia afirmar que los hombres, por ser los depositarios de ese poder simbólico que les otorga su papel sexual, se encuentran exentos de sufrir limitaciones, presiones e imposiciones, como sucede con las mujeres. Ese papel sexual que les otorga el poder y los coloca en una posición supuestamente privilegiada, es el mismo que los atrapa en una constante lucha por mantener esa masculinidad estereotípica, sin la cual no les es posible ejercer el poder que la sociedad les otorga.

El negar el dolor, la vulnerabilidad, los sentimientos y las emociones, amenaza, como asegura Gilmore (1994), la salud emocional de los varones. Tanta represión emocional puede llevarlos a presentar afecciones psicósomáticas, las cuales son la expresión corporal de emociones no elaboradas. Apoyando la idea de Connell (2003) y Pérez (1991), los cuerpos de los hombres son forzados a expresar el ideal masculino que habla de un constante e incontrolable deseo sexual, y de una negación total del dolor y la debilidad. Cuando se trata de enfermedades, los hombres no acuden a consultar esperan a que su mal esté muy avanzado, pues como prueba de virilidad han introyectado la necesidad de aguantar estoicamente el dolor.

Podemos decir que las conductas que ostentan los hombres nos hablan de lo que esperan ser y no de lo que son realmente. En sus cuerpos castigados se expresa la somatización de las relaciones de poder, de las cuales hablaba Bourdieu (2000).

Hombres y mujeres hemos sido educados y educadas para relacionarnos en el contexto de una lucha de poderes, y esa lucha se expresa por excelencia en el ámbito laboral, pues ya sea como jefas, colaboradoras o proveedoras, la entrada de la mujer al mercado de trabajo en ocasiones es resentida por los hombres como una amenaza y un cuestionamiento a su masculinidad.

Es necesario crear nuevas formas de relación entre las personas, de modo que se puedan dar relaciones más equitativas y solidarias.

El movimiento feminista, aseguran los educadores, y afirma Montesinos (2002), ha sido el principal detonante de la crisis de la masculinidad, la cual nos habla de la escasa capacidad de los hombres para responder a los cambios producidos en muchas mujeres. La emancipación femenina es un proce-

so que ha reportado avances importantes, los cuales se traducen en condiciones de vida un poco más equitativas para las mujeres, y el reconocimiento de los derechos que siempre hemos tenido, pero que durante mucho tiempo no fueron reconocidos. Esto coloca a los hombres en una posición de desventaja pues, tal como dicen Weeks (1998) y Guttman (2003), no saben cómo responder a las actuales necesidades y demandas de las mujeres sin que su masculinidad se vea amenazada. Como bien dijo uno de los educadores: “los hombres aún no hemos encontrado nuestro lugar”.

La crisis por la que atraviesa la masculinidad puede ocasionar desesperación y sensación de pérdida de control en muchos hombres, los cuales, incapaces aún de encontrar una salida satisfactoria, pueden optar por la violencia para restituir la posición de poder a la que están acostumbrados y en la que se encuentran atrapados. Una posición que parece disolverse como consecuencia de un cambio en los valores y costumbres tradicionales.

Resulta interesante la propuesta de los educadores que, al igual que Guttman (*idem*), le apuestan a la idea de reconocer la existencia de diversas masculinidades, es decir, diferentes maneras de expresar el ser hombre, pues cada ser humano es distinto y es desgastante encasillarlos a todos en una sola forma de ser. Para esto es necesario promover el diálogo, el análisis y el cuestionamiento al papel sexual estereotipado que todavía se les exige a los varones.

Cabe destacar que un par de educadores, al hablar de lo que se requiere para erradicar los estereotipos de género, mencionó a las madres como las responsables de educar a los varones de forma distinta, de tal manera que sean capaces de construir su masculinidad de una forma más flexible. No es difícil identificar el sexismo en este tipo de opiniones, pues es poco probable que un hijo varón camine hacia la equidad y el desarraigo de estereotipos si lo que observa en su casa es precisamente eso, la reproducción de roles tradicionales, de acuerdo con los cuales la mujer es la única y principal encargada de la educación y formación moral de los hijos. Tal como dice Jiménez (2003), es muy importante que los padres se reconozcan como elementos fundamentales en la crianza de los hijos, de manera que éstos crezcan observando una dinámica familiar un poco más basada en la igualdad.

Estas opiniones hablan del complejo proceso de construcción y reconstrucción de lo que Bourdieu y Wacquant (1992) llamaban *habitus*. En el *habitus primario* de los educadores se encuentran las creencias e ideas tradicionales que introyectaron en su infancia y adolescencia, y a estos *habitus* se incorporaron después los *habitus secundarios*, producto de su formación como educadores sexuales profesionales. Pero esta es una muestra de cómo el *habitus secundario*, lejos de sustituir al primario, simplemente se anexa a él en una com-

pleja mezcla en la cual, algunos elementos son eliminados, otros son modificados y algunos más permanecen ahí.

La vocación de estos educadores surge motivada por dos formas de experiencia distintas. Algunos de ellos decidieron iniciarse en la educación sexual para poder responder adecuadamente a las demandas que se planteaban en su espacio laboral, ya que muchos de ellos trabajan con jóvenes y, al encontrarse con las inquietudes y dudas de éstos, deciden iniciar su carrera como educadores sexuales. Unos más hablan de sus propias inquietudes, infantiles y adolescentes, como los factores decisivos que motivaron su decisión de convertirse en educadores y orientadores sexuales. Lo que estos educadores tienen en común es una vasta experiencia en el terreno de la educación y la orientación. Los educadores opinan que el trabajo que se está realizando en educación de las sexualidades apenas comienza. Hablan del gran valor que tiene su labor cotidiana como punto inicial de un proceso al que todavía le falta avanzar mucho más. Y en aras de que este proceso sea exitoso, ellos consideran que es fundamental unir la teoría con la práctica, pues no bastan la información ni la formación si no se aplican los aprendizajes adquiridos.

Es indispensable partir de las vivencias de la gente, escucharlos y construir juntos el conocimiento. Y como base de esos nuevos aprendizajes está el tema del género, pues es un tema que permea el resto de los temas que se tratan en educación sexual. La desigualdad de género es causa de muchos de los problemas que al día de hoy se presentan en la sociedad; y no sólo hablaron de problemas sexuales, sino de situaciones que generalmente no se piensan como relacionadas con el aspecto sexual.

Consideran que la educación en casa debe ser un complemento que vaya de la mano con la educación sexual que se reciba en la escuela. Los adultos responsables de los menores deben educar con el ejemplo y no sólo con el discurso. Deben brindar a los hijos e hijas los recursos necesarios para desarrollarse como hombres y mujeres completos, más allá de estereotipos.

Todas las personas entrevistadas coincidieron en concebir a la salud sexual como la equilibrada conjunción de los aspectos biológicos, sociales, psicológicos, emocionales y espirituales que conforman la compleja sexualidad de los seres humanos. Hablaron de la importancia de evitar las infecciones, las disfunciones y los embarazos no deseados; de la relevancia que tiene hacer el análisis y cuestionamientos en torno a todas las construcciones sociales que impactan la sexualidad; de escuchar y ser escuchados; de aceptar y expresar todas las emociones; de aprender a tomar decisiones asertivas y responsables; y, en general, mencionaron la importancia de aprender a disfrutar de una sexualidad plena y satisfactoria.

Para lograr un entendimiento más completo de nuestra sexualidad es necesario pensarla, tal como dice Vendrell (2004), como el elemento históri-

co y cultural que es, porque si bien existen muchos elementos que son creados por nosotros, también existen muchos otros que fueron creados y contruidos mucho antes de que fuéramos parte de este mundo.

Los educadores saben esto muy bien, pues a pesar de su vasta experiencia en el campo de la educación sexual y de la formación que los respalda, reconocen que al apoyar a otros en el fascinante proceso de reconstruir una sexualidad más sana, ellos mismos se dan la oportunidad de seguir creciendo como seres humanos, cada vez más congruentes y completos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-Gayou, Juan Luis (1986), *Sexoterapia integral*, México, Manual Moderno.
- Barragán Medero, F. (1991), *La educación sexual. Guía teórica y práctica*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1983), *Campo del poder y campo intelectual*, Argentina, Folios.
- (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, Pierre y Lóic J. D. Wacquant (1992), *Réponses, pour une anthropologie réflexive*, Francia, Éditions du Seuil.
- Castañeda, Marina (2002), *El machismo invisible*, México, Grijalbo.
- Caudillo Herrera, Carlos y Ma. Antonia Cerna Trujillo (2007), *Sexualidad y vida humana*, México, Universidad Iberoamericana.
- Connell, Robert (2003), *Masculinidades*, México, PUEG-UNAM.
- Gilmore, D. D. (1994), *Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós.
- Godelier, Maurice (1982), *La producción de grandes hombres: poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal/Universitaria.
- Guttman, Matthew (ed.) (2003), *Changing Men and Masculinities in Latin America*, Durham, Duke University Press.
- Hiriart Riedemann, Vivianne (1999), *Educación sexual en la escuela. Guía para el orientador de púberes y adolescentes*, Barcelona, Paidós.
- Jiménez Guzmán, María Lucero (2003), *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, México, CRIM-UNAM.
- Keijzer, Benno de (2003), "Los hombres ante la salud sexual reproductiva. Una relación contradictoria", en Mario Bronfam y Catalina Denman, *Salud reproductiva. Temas y debates*, México, Instituto Nacional de Salud Pública.
- Lamas, Martha (1996), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría

- género", en Martha Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Porrúa/PUEG.
- (2002), *Cuerpo: diferencia sexual y género*, México, Taurus.
- López Sánchez, Félix (2005), *La educación sexual*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- McCary, J. L., J. L. Álvarez-Gayou y S. McCary (1999), *Sexualidad humana*, México, Manual Moderno.
- Mead, Margaret (1967), *Male and Female: A Study of the Sexes in a Changing World*, Apollo Editions.
- Montesinos, Rafael (2002), "La masculinidad ante una nueva era", en *El Cotidiano*, núm. 113, México, UAM, mayo-junio.
- Pérez Cortés, Sergio (1991), "El individuo, su cuerpo y la comunidad", en *Alteridades*, vol. 1, núm. 2, pp. 13-23.
- Prieto, María Isaura (1998), *Sexualidad infantil*, México, BUAP.
- Vendrell, Joan (2004), "La centralidad de la sexualidad en la era moderna", en Gloria Careaga y Salvador Cruz (coords.), *Sexualidades diversas. Aproximaciones para su análisis*, México, PUEG.
- Weeks, Jeffrey (1998), "La construcción cultural de las sexualidades. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?", en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México*, México, El Colegio de México.